

CDD 868.99386

CARTA

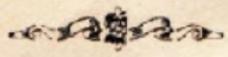
1

Á LA

SEÑORITA MARÍA JOSEFA OSPINA

LA VÍSPERA DE SU MATRIMONIO.

*Mariano
ospina Rodríguez, 1805 - 1885*



BOGOTÁ.

IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA.

1884.

CARTA Á LA SEÑORITA
MARÍA JOSEFA OSPINA
LA VÍSPERA DE SU MATRIMONIO.



Guatemala, 21 de Octubre de 1864.

Querida hija mía :

Mañana va usted á entrar en una nueva carrera de la vida, que es necesario continuar hasta la muerte. En esta nueva existencia á que Dios la llama, su felicidad dependerá principalmente de su conducta, hasta en los actos más insignificantes.

En tales circunstancias, mi amor y mi deber me impelen á dar á usted algunos avisos y consejos, que la observación y la experiencia de mi larga vida, me persuaden que pueden serle útiles.

Tengá usted confianza en mis advertencias; ellas nacen del corazón de un padre, que se preocupa mucho más de la felicidad de usted, que de la suya propia. Cuando le parezcan nimias é impertinentes, obsérvelas por complacerme; cuando las juzgue duras y difíciles de practicar, considere que es un sacrificio que yo le exijo, y haga, por amor mío, lo que repugne hacer por su propio bien. Sí, tengo entera confianza de que el sincero y tierno amor de usted, que jamás me ha contrariado y que ha sabido siempre complacerme, estará en todo tiempo dispuesto á hacer por mí sacrificios que no querría hacer por usted misma.

Yo estoy perfectamente satisfecho del matrimonio de usted. Todo me dice que ha de ser dichosa,

tanto como podemos serlo en este valle de lágrimas.

Tenga usted presente, y ésta es mi primera advertencia, que la felicidad no depende ni de las prendas personales más ensalzadas y apetecidas, ni de las circunstancias sociales que más se codician y envidian, ni de aquellas virtudes que más llaman la atención pública, y que más aplausos excitan en el mundo. No : la felicidad depende, en primer lugar, de la práctica sincera y constante de estas virtudes modestas, pudiera decirse oscuras, que Cristo enseñó con su palabra y con su ejemplo: la humildad, la paciencia, la resignación, la abnegación ; y en segundo lugar, de la bienandanza de nuestras relaciones domésticas, que dependen de esas mismas virtudes, y de la prudencia y de la discreción, que también son virtudes cristianas. Así la práctica sincera del cristianismo, no solamente conduce á la bienaventuranza eterna, sino que es el único camino que lleva á la felicidad temporal.

La belleza, el talento, el saber, las habilidades máspreciadas, la riqueza, el poder, los honores, las distinciones que codicia la vanidad, pueden reunirse en una persona, y se reúnen á veces, sin que por eso la felicidad llene el corazón de esa persona tan favorecida y tan envidiada, si la soberbia, la envidia, la ambición, la codicia, la vanidad, ocupan el pecho de ese individuo que el mundo juzga dichoso ; la riqueza, el poder, los honores, las distinciones que disfruta le parecen pocos ; y la privación de las que no alcanza, lo desazona y atormenta más que lo que la general privación puede mortificar al modesto y al humilde, que nada de eso posee, pero que, no ambicionándolo, vive contento con su oscura suerte.

Así es que si se coloca al favorecido con todas

aquellas dotes personales y con todas aquellas ventajas sociales, en una situación doméstica en que la desconfianza, la contradicción, la envidia, la discordia, el desprecio, el odio, le lancen al corazón cada instante un dardo envenenado, la vida de esa persona será un martirio doloroso, continuo é insoportable, á despecho de esas dotes y ventajas.

Es, pues, necesario, para obtener la dicha, buscarla,—no en donde las preocupaciones vulgares la suponen—sino en donde realmente se halla; es decir, en el pacífico goce de las relaciones íntimas de la familia, fundadas y alimentadas por las humildes virtudes del Cristianismo.

Veamos ahora cómo es que usted ha de obrar, para hallar de continuo en el seno de su familia, la paz y la dulzura.

De hoy en adelante, la primera persona para usted, la más interesante, el objeto primero de todas sus atenciones, de todos sus cuidados, de todas sus inquietudes, es su marido. Padres, hermanos, parientes, amigos, todos descienden al 2º y 3º lugar, así en el foro interno del corazón, como en las manifestaciones exteriores de respeto y de cariño. Esta es la ley de Dios, pronunciada por la boca de Adán en el Paraíso, y que parece esculpida en el corazón de sus hijos; y ésta es también la ley que la razón y la experiencia establecen como base de la dicha doméstica.

Su esposo es su amante, es su primer amigo, su protector, su compañero durante el viaje de la vida; y estas condiciones producen relaciones y deberes, cuya práctica ocupará todos los instantes de la existencia de usted. Si esta práctica va siempre acompañada de aquella dulce espontaneidad que nace del cariño y del sentimiento de estar cumpliendo un deber impuesto por Dios, para su

propio bien, el contento y la satisfacción llenarán su alma, y en medio de las amarguras de la vida, esa inocente satisfacción será más seguro lenitivo.

No pretenda usted que su marido no tenga defectos, que sea superior á todas las pasiones, que en todos sus actos y en todas sus palabras sea siempre razonable; hombre semejaute no ha existido, y sería en vano buscarlo.

Una de las primeras atenciones de usted será estudiar las inclinaciones, los hábitos y los gustos de su esposo, para no contrariarlos. No pretenda usted imponer su voluntad; ni siquiera el sacrificio de aquellos hábitos y gustos, por insignificantes que le parezcan; por el contrario, haga usted de manera que él pueda seguirlos sin estorbo. Frecuentemente sucederá que haya entre los dos hábitos y gustos opuestos; no vacile usted un instante en sacrificar los suyos propios; anticiétese siempre á hacerlo.

Las personas soberbias ó egoístas no aciertan á practicar esto, ó lo ejecutan con repugnancia: en el primer caso, se hacen pesadas y molestas, y al fin hostigan el cariño de los que las aman y las sufren; en el segundo, viven en un estado continuo de contrariedad y de mortificación. No así las personas de índole generosa, que hallan siempre una fuente fecunda de satisfacción en los frecuentes y pequeños sacrificios que se imponen en obsequio de los que aman.

No haga usted cuenta de los defectos que pueda notar en su esposo. Ellos deben ser para usted un secreto inviolable; ni á él mismo ni á nadie hable usted nunca de ellos, aunque le parezcan notorios. Si fueren de tal naturaleza que puedan sin grave contrariedad enmendarse, aproveche usted las ocasiones oportunas de jovialidad y buen humor, cuando no haya testigos, para insinuar alguna observación, en tono de broma y de dulzura.

La mujer prudente se goza y se gloria en las buenas prendas de su esposo, y sin hacer importuna ostentación de ellas, hace de manera que se perciba que las reconoce y estima, y que está de ellas satisfecha.

Sea cual fuere la confianza en el trato íntimo, en público debe usted mostrar siempre la más decidida deferencia por su esposo. Todos los que la traten á usted, tanto de la familia, como de fuera de ella, deben comprender en las acciones, en las palabras y hasta en los menores gestos de usted, no solamente el cariño y la cumplida estimación que usted debe consagrarle, sino una espontaneidad constante en anteponer en todo la voluntad de él á la suya.

El hombre más perfecto está expuesto á cometer frecuentes faltas; y por tanto la tolerancia es un deber y una necesidad. Las faltas pueden ser de diferente naturaleza y de diferente gravedad, y según esto la conducta de usted debe variar; pero en ningún caso se deje usted arrebatar por la exaltación hasta reconvenir con acrimonia á su marido, enrostrarle sus faltas, ó disputar enojosamente con él. Semejantes medios no conducen jamás á un buen resultado, y producen siempre efectos deplorables. La mujer prudente, que sabe dominarse, tiene armas mucho más poderosas y seguras. Un hombre enojado puede irrespetar y ofender á una mujer airada que lo reconviene y denuesta; y queda desconcertado y rendido delante de la dulzura.

Para una novia y para la recién casada, el marido se presenta desde el punto de vista de un amante, antes que de cualquier otro; y voy á decir á usted unas pocas palabras sobre esto.

La mujer aspira y debe aspirar á que el amor de su esposo se mantenga siempre vivo y siempre

nuevo. El que esto suceda, no depende de la voluntad del segundo, sino del discreto y atinado proceder de la primera. No debe, pues, la mujer entregarse confiada en la sinceridad de las promesas y juramentos de amor eterno que haya recibido, porque aunque la sinceridad de esos juramentos sea la más cumplida, la mujer no continuará siendo amada, si no continúa siendo amable. ¿Qué deberá hacerse para llenar esta condición? Hé aquí, en verdad, la cuestión más importante á los ojos de toda novia, de toda recién casada; sin embargo, la mayor parte de ellas no se preocupa mucho de este asunto, porque el atolondramiento y la presunción, naturales en su edad, las persuaden que sus dotes y sus prendas, que fueron poderosas para cautivar al amante, lo serán mucho más para dominar siempre el corazón cautivado. Desgraciadamente las más de ellas se engañan, y este engaño es la fuente de grandes amarguras.

La primera condición, la condición esencial que hace á una mujer amable en todas las edades y en todas las circunstancias de la vida, es una virtud sincera; pero no es bastante la virtud encerrada en el corazón, es necesario que ella sepa mostrarse en aquellas exterioridades dulces é insinuantes que atraen, que embelesan, que dominan.

Para mantener siempre vivo el amor de un esposo es necesario conservar en todas las relaciones con él, con exquisito esmero, la modestia y el pudor de una virgen, que engendran y alimentan el amor. La familiaridad descocada, lo agosta y lo disipa.

Los sirios y otros orientales usan una preparación de arsénico, que tomada en cierta pequeña dosis, robustece las fuerzas y aumenta el esplendor de la belleza; pero el exceso en la medida produce un efecto diametralmente opuesto; las fuerzas se

aniquilan, y una consunción lenta, pero incurable, es el último resultado. Así suele morir el amor en muchos matrimonios.

La negligencia de algunas mujeres en estar siempre aseadas y prendidas les hace perder á veces los efectos gratos que su modesta compostura produce á los ojos de sus maridos. Es muy común en las que reúnen al descuido la vanidad, que estén desgredadas y desapuestas en su casa, y aparezcan muy ataviadas en la calle, desdeñando así la consideración de sus esposos por las miradas del público, que para nada pueden aprovecharles. ¿Será esto racional, justo y prudente?

El amor del hombre es en extremo intolerante, y la más ciega y la más implacable de sus pasiones son los celos. Para librarse una mujer honrada de la ignominia de haberlos excitado, y para evitar las funestas consecuencias que producen, no le basta su virtud; la más pura lealtad se ha visto mil veces víctima de la injusta desconfianza de un marido honrado y que amaba ciegamente.—Es necesario en este punto suma discreción. No pretendo aconsejar á usted la lealtad y la honradez, no: conozco el corazón de usted que es incapaz de toda villanía; sé que el honor más puro circula por sus venas, y que preferiría la muerte á la más ligera mancha que pudiera empañar la pureza hereditaria de su nombre; quiero sólo advertirle, que es necesario evitar con el mayor cuidado, con exquisito tino, toda familiaridad, toda preferencia, toda relación que aun remotamente pudiera excitar la más leve sombra de sospecha en el ánimo de su marido, de que usted sintiese un afecto particular por otro hombre. No descuide usted esta advertencia, confiada en la notoriedad de su virtud, en la sinceridad de su amor, en la rectitud y buen sentido de su esposo; porque la experiencia enseña

que todas estas circunstancias no bastan para prevenir aquel mal, y que son ordinariamente las mujeres más ingenuas y más candorosas las que más han tenido que sufrir de los celos.

Las recién casadas abrigan á veces la loca vanidad de ostentar que gozan de libertad, y de hacer lo que hacen las matronas; no caiga usted en tal debilidad; conserve esa modesta timidez de las vírgenes, y esa reserva decorosa que les atrae atenciones y miramientos.

Si para un marido es una espantosa desgracia haber concebido desconfianza de su mujer, le es también una molestia insoportable que ésta desconfíe de él. La mujer celosa es insufrible y se hace odiosa con sus impertinencias; sucede á veces, que fastidiando á sus maridos, se atraen el mal que estaba tal vez muy lejos de ellas. La discreción y la dulzura son las armas más poderosas en manos de una mujer. Atrayendo se gana el corazón del hombre, hostigando, aquél se pierde para siempre.

Si el marido es su mejor amigo y el amigo de toda su existencia, tenga en él plena confianza é inspírela usted con ingenuidad y franqueza. Cuando él sufra, identifíquese usted con él en el sufrimiento, y mientras éste dura, renuncie usted á toda distracción. Á usted le pertenece el derecho y el deber de procurarle el consuelo con sus palabras, con sus cuidados, con su incansable vigilancia; y no permita que nadie se le anticipe en esto.

Ese amigo es, como dicen, *otro yo*; pero otro yo que debe ser en todo preferido al yo propio. Lo que caracteriza el amor y la amistad verdaderos, es el posponer sin esfuerzo su gusto, su comodidad, su interés, al gusto ó interés del amante ó del amigo. No es bastante que esto se haga en el fondo del corazón; es muy fácil para toda alma

generosa tal sentimiento; lo que se necesita es mostrarlo cada instante, en los actos exteriores, con naturalidad y sencillez, sin hacer de ello jamás la menor ostentación. La manifestación intencional de aquel sentimiento es simplemente urbanidad, que es parodia de la amistad sincera, y que repugna por lo mismo en las relaciones íntimas de los amigos.

El encogimiento, la reserva del carácter, la pereza habitual, se oponen frecuentemente á la manifestación constante, ingenua y sencilla del sentimiento expansivo de la pura amistad, apareciendo á menudo como egoístas é indolentes los amigos más sinceros. Esto priva á las personas queridas del contento que derrama en el corazón la idea constante de ser uno cordialmente amado de la persona á quien quiere y estima. Recelo que usted haya heredado de mí aquellos hábitos antisociales que dejo indicados, que no he reconocido en mí sino cuando ya era tarde para corregirlos, y que han venido á ser para mí vejez una fuente amarga de mortificación. Por lo mismo recomiendo á usted encarecidamente que haga un esfuerzo continuo para vencerlos y desarraigarlos. Hágase usted afable, comunicativa, diligentísima para servir y complacer á su marido, y á todas y á cada una de las personas con quienes usted va á vivir en estrechas relaciones. El modo de conseguirlo es no dejar pasar ninguna ocasión, por nimia que parezca, y fijar de continuo la atención en lo que hacen y en lo que sucede á las personas á quienes se quiere complacer, para correr presurosa á efectuar esos pequeños actos, que para la amistad adusta pasan como inadvertidos. Es algo difícil adquirir hábitos nuevos, cuando uno permanezca en la misma situación, ó en las mismas circunstancias; pero nada es más fácil que esto al variar de situación, y este

es el caso de usted. Y deseo ardientemente que usted sea expansiva con sus amigos, diligente y solícita para complacerlos; que sea semejante á su madre, que poseía en alto grado esas cualidades y con ellas derramaba el contento en torno suyo.

“ Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.” Todos conocemos este testimonio dado por el SEÑOR en el desierto; pero todos nos olvidamos de él, con indecible daño en nuestra dicha doméstica. Aprovechélo usted, mi querida hija, esfuércese de continuo para reprimir los impulsos de la ira y del sentimiento, y recogerá de ellos los más dulces frutos. Á la menor frotación que sufre nuestro orgullo, salta la ira de repente, como salta el fuego del fósforo frotado,—¿ cómo evitarlo, cómo impedirlo? No es fácil al oír una palabra, al ver un acto que nos parece una ofensa, permanecer tranquilos y fríos; pero sí es fácil anular los efectos de ese impulso interior, y esto se logra cerrando con esfuerzo la boca. No hable usted una palabra cuando se sienta ofendida; retírese de la escena, si es posible; y pocos minutos después sentirá usted el contento y la satisfacción de haberse dominado, y de haber evitado una disputa, un disgusto, quizá un largo sentimiento que amargará su corazón y el de personas queridas, que es tan doloroso haber ofendido. No dispute usted jamás por ningún motivo con su esposo, ni con las personas de la familia. Cuando ellas estén enojadas, calle usted á todo trance; y si es usted la enojada, calle también. Cuando sienta usted que estalla el fuego de la ira, grande ó pequeño, acuérdesse de su padre; figúrese que está delante de usted, con el corazón lleno de dolorosos recuerdos, impassible el rostro, y que con el dedo sobre los labios, le dice: *silencio!*

Pues que la paz en la familia es una de las con-

diciones más esenciales de la felicidad doméstica, es necesario no omitir sacrificio por conservarla, y por restablecerla si por desgracia se turbare alguna vez. El enemigo más constante y más poderoso de la dulce paz de la familia es el orgullo, el amor propio. Para impedirle que turbe esa paz apetecida, es menester poner toda atención y toda solicitud por no ofender en nada el amor propio de las personas con quienes habitamos, y para impedir que el nuestro, dándose por ofendido, rompa ó entibie la amistad.—No vea usted nunca las faltas y los defectos de las personas; si alguno, sea extraño ó de la familia, quisiere hacérselo notar, aunque sea en tono de chanza, no acepte usted la manifestación; disculpe y defienda siempre al ausente. Esfuércese por calmar todo disgusto, todo resentimiento que alcance á percibir entre personas de la familia. Guarde en perpetuo secreto todo dicho, todo hecho que pudiera ofender ó turbar la amistad entre esas personas, aunque otros hablen de ello.

Tómese desde el primer día el hábito de informarse todas las mañanas de la salud de cada una de las personas íntimamente relacionadas con su esposo, y de lo que más les interesa, para ocurrir solícita á atenderlas y servir las, cuando le necesitaren.—Sea muy diligente y exacta en cumplir los deberes que la costumbre impone en las relaciones sociales, sin dejar nunca para mañana lo que pueda hacer hoy. Busque las amistades más íntimas de la familia y no fuera de ella; y ponga atención y solicitud en todo lo que á ésta interesa.

No es raro en la sociedad de las familias, existiendo las más amistosas relaciones, ocurran ligeras contrariedades, que son algunas veces efecto del mismo sentimiento de unión y de amistad; si tal ocurriere alguna vez entre la familia de su esposo

y la de su padre, póngase usted en favor de la primera. La razón es obvia: en el ánimo de un esposo pudiera entrar la duda de que su mujer lo prefiere á todo, y esto debilitar su cariño; y el amor de padre es indestructible, y en su corazón no cabe duda alguna sobre el afecto de sus hijos. Por lo mismo, prefiera usted en sus atenciones y cuidados la familia de su esposo á la de su padre.

Yo he sufrido y sufro cruelmente, pero todo mi sufrimiento procede de una sola fuente: la pérdida y el padecer de tantas personas queridas. Fuera de esto he vivido tranquilo, contento y feliz, debiendo esa tranquilidad y ese contento á dos propensiones felices que Dios me dispensó: la primera, es la de olvidar toda ofensa, grande ó pequeña, y no abrigar ningún sentimiento rencoroso de venganza ni de envidia; la segunda consiste en mirar como una tontería las aspiraciones de la vanidad. Hágase usted la heredera de estas dos propensiones ó hábitos interiores, que, mejor que yo, los poseía también aquel ángel de bondad que fué madre de usted. Sí, posesiónese usted de esos hábitos, y ellos le darán la paz del alma, que el odio, los resentimientos y la fiebre de la vanidad destierran de la mayor parte del género humano. La sencillez de la vida nos ahorra mil diarias molestias, y no produce inconveniente alguno. Las aspiraciones al boato, al lujo, no procuran satisfacción alguna, pero sí inquietudes, desazón y ruina.

Usted y su familia van á vivir en este país que, como todos los de Hispano-América, está expuesto á revoluciones desastrosas, en que las familias más honradas se encuentran, cuando menos lo esperan, despojadas de sus bienes y expuestas á la miseria, como usted lo ha visto. Sea usted, pues, económica, y aconseje la economía á su

marido, y procure que ponga sus ahorros en donde puedan salvarse el día de un desastre, para el cual deben estar preparados.

Tenga usted siempre un confesor ilustrado y prudente, y consulte con él todo lo que interese á su tranquilidad y á su dicha en sus relaciones domésticas.

No quiera usted alucinarse imaginando que la vida es una cadena de contento y de satisfacción no interrumpida, no; la existencia es en todos los estados una alternativa de goces y penas, y para ello debe estar preparada. Sin embargo, la fe, la prudencia y el buen sentido producen diferencias muy grandes en la suma de los goces y de las penas entre personas colocadas en las mismas circunstancias; y es negocio de la primera importancia el saber úno dirigir su pensamiento y sus afectos en ese mar inconstante de la vida.

La fe y la razón nos enseñan que las cosas humanas no andan al acaso, sino que son regidos por una Providencia inteligente, justa y misericordiosa; que todos los acontecimientos se dirigen á un fin, que no está en nuestro alcance ni el prever ni el estorbar: por consiguiente, es un deber religioso y un acto de buen sentido el aceptar toda situación, todo acontecimiento, y acomodarnos á ellos por duros y adversos que fueren. Toda situación aceptada es llevadera, por amarga é insoportable que parezca. Pero cuando la persona se obstina en querer y en pretender que las cosas no sean como son; cuando se da á lamentarse y desesperarse, porque sus deseos y aspiraciones no se cumplen, porque su situación no es la que quisiera, esa persona vive en un continuo martirio; y como el lamento y la desesperación no tienen poder ninguno para alterar el curso de los acontecimientos humanos, pero sí lo tienen para debilitar

la salud, para turbarnos en el cumplimiento de nuestros deberes, para alterar nuestra fuerza moral, para llevar al ánimo de las personas que nos aman la desazón y la tristeza, resulta que ese estado violento de resistencia á la realidad de las cosas, á la situación en que Dios ha querido ponernos, es ante la religión un acto de rebeldía contra la voluntad divina, y ante la filosofía, un acto de mentecatez. No se deje usted, pues, arrastrar á esa especie de delirio que centuplica el mal de muchas personas; sea cualquiera la situación adversa en que usted pueda verse, acéptela con la firme resignación que ordena la religión, con la fuerza del alma que aconseja la filosofía.

Un día tendrá usted que hacer con Mercedes, con María, con las hijas de usted, lo que en este instante hago yo con usted; quiera el Dios clemente y misericordioso que nos protege, que al trasmitirle estos consejos que le dirige la ternura de su padre, pueda usted decirles que los ha practicado, y que ellos han contribuído en algo á procurarle días de paz y de contento, y á suavizar sus penas en los días de amargura.

Guarde usted reservada esta carta, mi querida hijita, y como un recuerdo de su padre, léala de vez en cuando; y ahora que ya usted no depende directamente de mí, trátame con más confianza que nunca.

Un amante padre que día y noche tiene en su memoria presente á usted, querida María, y pide á Dios que le dé sus bendiciones y sus gracias para que llene cumplidamente sus deberes, y haga contenta y satisfecha el viaje de la vida.

Mariano Ospina B.